

des lo esperaban: ¡quién sabe cuántos encontraría que respondiesen á sus ideales! ¡Quién sabe cuántos buenos amigos, alumnos ejemplares, padres agradecidos, y años de vida tranquila y dichosa podría hallar aún! Una sola herida le molestaba todavía, la que «dos señores» habían hecho en su orgullo de maestro; en esa herida pensaba suspirando, y le parecía que la conservaría abierta durante su vida.

AVENTURAS DE TIERRA Y DE MAR

Emilio Ratti pasó una parte de las vacaciones con la familia Goli, en ***, donde no tuvo el gusto de encontrar á Megari, que ya había dejado la Escuela Normal; después hizo un viaje á Turín para ver á sus hermanos, y, antes de partir para su residencia nueva, se concedió á sí mismo el vagar de una correría á Piona, proyectada ya hacía algunos meses, para visitar á su prima la maestra. El pueblecillo se hallaba muy arriba, en uno de los valles más largos de los Alpes; desde la ciudad natal de Emilio había dos horas de diligencia y otras dos de viaje á pie por senderos casi inaccesibles á los carruajes. Al rayar el alba partió. El valle era bellissimo, pero Ratti no hizo gran aprecio de aquellas hermosuras. Durante casi todo el viaje tuvo la imaginación ocupada en pintar una serie de retratos de mujer, calcados todos en la imagen vaga é indefinida de muchacha que conservaba de su prima; en acariciar la esperanza de que aquella visita pudiera ser el comienzo de una larga y buena amistad, ó de una pasión, ó de un capricho; en conjeturar mil cosas de la índole, las costumbres y el lenguaje de aquella maestra; en imaginar el apacible cuadro que formarían ella y él, sentados á la mesa, solos, porque ¡era claro! comerían juntos. Experimentó cierta conmoción, que le pareció infantil, cuando vió aparecer detrás del fondo verde obscuro de la montaña las escasas viviendas de la aldea de Piona, esparcidas á lo largo de la ribera de un torrente azulado. Dió la vuelta á dos ó tres huertas, pasó por delante de una iglesita cerrada, y preguntó por la maes-

tra á una vieja encorvada bajo el peso de una enorme carga de estiércol; la anciana la indicó una casita apartada de las otras, y ante la cual Emilio se paró sonriendo. Era una casa tan pequeña, que no podía ser habitada más que por una persona; y debía de haber sido edificada adrede para la maestra, porque tenía cierta elegancia de forma, puerta y ventanas pintadas de verde, y era la única blanqueada en toda la aldea. En la fachada principal había ventanas bajas, adornadas con tiestos de flores.

Cuando Emilio se halló á cinco pasos de la puerta, vió en la ventana dos ojos negros y una boca abierta.

—¡Mi primo!—dijo una voz de contralto.

—Yo soy—contestó Emilio.

Inmediatamente apareció en la puerta, y salió de la casa, una joven alta, morena, que le tendió una mano, llevando hacia atrás la otra, en que tenía un pedazo de pan y medio huevo duro, y le preguntó, con tres distintas entonaciones:

—¿Es usted? ¿Eres tú? ¡Oh! ¡Cuánto me regocija el verte!

Pasados cinco minutos, le parecía al joven que había tenido siempre familiaridad con su prima. Pero estaba completamente cambiada: alta, delgada, tenía el talle largo y un poco arqueado, los ojos negros y profundos, robustas las manos, la boca grande, los dientes hermosísimos, el pelo negro y rizado, una conversación fácil, el aire de una directora de colegio enérgica y hacendosa.

—¿Te has decidido al fin?—exclamó;—¡al cabo de cinco meses! ¡Bien lo has pensado! Yo no te hubiera reconocido. Tienes todo el aspecto de un profesor de latín. ¡Qué casualidad volver á vernos en esta aldea! Comeremos juntos.—No,—le dijo, llevándolo bajo una chocita medio cubierta con bejuco, cuando se dirigía Emilio á entrar en la casa;—en casa tan de pronto, no; todos saben que esperaba yo á un primo mío; pero eso no es bastante. ¡Oh! Necesito tener mucha prudencia. Me voy; vuelvo en seguida.

Volvió, efectivamente, con una mujer á quien dió órdenes para la comida. Pocos minutos después se

oyeron los quejidos de una gallina, á la que degollaban.

Los primos se sentaron bajo el cobertizo, en que había una mesa rústica y dos asientos. La conversación versó al principio sobre cosas de familia; y aunque subsistían recuerdos siempre tristes, Emilio experimentaba un nuevo sentimiento de consuelo oyendo aquella voz amiga, viendo aquel rostro que le recordaba la niñez, en medio de aquella soledad fresca y tranquila de la montaña.

Los padres muertos, la suerte de los primillos, los padecimientos sobrellevados por causa del padre, los recuerdos de las dos Escuelas normales y de Garasco, y lo relativo á la existencia de cenobita que la maestra llevaba entre aquellas cuatro casuchas, fueron, durante una hora, el tema de su conversación, acompañada por el «tilín» de campanillas de las cabras que por allí pastaban y por los gritos lejanos de los pastores. Después, la prima acompañó á Emilio para que viese aquella pizca de casa, dejando completamente abierta la puerta, por la cual, aún desde el interior, se veía una gran parte del valle, y como un pequeño trozo del horizonte marino, la llanura vaporosa en lontananza. En el piso bajo había, clavados en las paredes, algunos mapas de muy reducido tamaño; libros amontonados acá y allá; algunas bagatelas, regalos de discípulas de otros pueblos.

—He aquí mi «residencia»—dijo la prima;—¿á que no aciertas cuánto ha costado?

Había costado ochocientas pesetas, y el Municipio se había decidido á levantarla después de una aventura singular, de que habían hablado los periódicos; después de que una maestra, destinada á Piona, donde había de abrirse una escuela, con arreglo al curso anunciado, había ido allí, nada menos que desde Módena, su ciudad natal, y se vió precisada á renunciar al cargo y volver á su país, perdiendo su tiempo y sus gastos, porque ni en Piona, ni en medio kilómetro á la redonda, consiguió hallar alojamiento de ninguna clase. ¡Edificante ejemplo de previsión administrativa!

Al salir de la casa quedó asombrado Emilio viendo

que la mesa estaba puesta en la chocita. La prima le explicó que lo había dispuesto así por el fresco... y por la política. Pero por allí cerca nadie pasaba, sino alguna mujer cargada de hierbas, ó de tierra, ó algún muchacho, muy de tarde en tarde.

La comida se redujo á una menestra, una gallina y una ensalada con huevos. La prima trinchó la gallina con vigor, afirmando que tenía un hambre de maestra montañesa. A Emilio le parecía aquella maestra un excelente camarada, más que una señorita; pero notaba que tenía un hermoso color moreno, muy bonita dentadura, y aquel talle largo ponía contentamiento en su alma. A trozos iba refiriéndole la maestra sus últimas aventuras; de qué manera, para verse libre de su padre, resolvió, no bien hubo tomado el título, buscar una colocación muy lejos; cómo se la había proporcionado una amiga suya de la infancia, mujer de un ingeniero, de la cual recibió cierto día un telegrama urgentísimo que le encargaba partir en seguida; los apuros en que se había metido por reunir el dinero necesario para el viaje y los demás primeros gastos.

Habíase puesto en marcha en los primeros días de Noviembre; el viaje por mar fué horrible... No podía haber comenzado peor su carrera. Imagínese que, después de varias peripecias, había llegado de noche, en medio de una lluvia torrencial, á una estación de ferrocarril, desde la cual hasta el pueblo de su destino, había tres ó cuatro millas de subida, y el solo cochero que allí vió, exigía por aquel trayecto cincuenta pesetas, ¡justamente la mitad de su capital! Y lo hubiera tenido que pagar si dos oficiales que por acaso se hallaban presentes, movidos á lástima, no hubieran intervenido, logrando que el precio se redujese á dos escudos. Pero esto era cosa de broma.

Llegada que fué al pueblo en un cesto, casi destrozada, cansada, medio muerta por la fatiga, se presentó, sin perder momento, al director de las escuelas, un viejecillo muy afeitado; éste le dió la agradable noticia de que, mientras ella realizaba su viaje, el alcalde y sus partidarios, que eran los que querían dividir las escuelas, habían caído; que el alcalde nuevo no era amigo de innovaciones, y que, por consiguiente, ya

no había puesto para ella. Anonadada por este contra-tiempo tan inesperado, corrió á ver al alcalde nuevo, y éste confirmó la noticia. La pobre maestra se quedó fría como el mármol. ¿Qué hacer? Después de aquel viaje, carecía de recursos para volverse; estaba en medio de la calle. Rompió á llorar. El alcalde la compadeció; ofreció poner remedio... y entre tanto le señaló un puesto de pasanta en el Asilo infantil.

¡Qué bendito asilo! Un desierto; muchachos desnudos, como su madre los parió, que apenas entraban, tenía ella que zabullir en un cubo de agua fría, y luego fregarlos, lavarlos, meterlos en una camisa, que dejaban después cuando abandonaban el Asilo. Pero, de todas suertes, era preciso vivir allí. Como hacia la mitad del primer año faltasen fondos y no se pudiese dar la menestra, fué cerrado el Asilo, y cata de nuevo á la maestra en el arroyo, con un crédito de dos meses de paga.

Ofreciéronla una plaza de «institutriz», en buen sitio, para las hijas de un conde que residía en la cabeza de partido, y allá fué con las más halagüeñas esperanzas; pero la condesa que, en ausencia del marido, la recibió, hallándola demasiado joven y no bastante fea, la despidió sin más ceremonias. Entonces sí que se consideró perdida sin remedio, y tornó al pueblo con la desesperación en el alma. En aquel tiempo, afortunadamente el alcalde había cambiado de idea, y resuelto dividir la escuela de niñas, como quería su antecesor; hubo, por consiguiente, una plaza para ella. Llena de entusiasmo, comenzó sus tareas escolares; tenía á su cargo la clase segunda, catorce alumnas inscriptas, siete presentes. Parecía revivir. Pero en el pueblo había á la sazón muchas calenturas; de esas fueron atacadas todas sus discípulas; también ella fué atacada, y entonces supo que ningún profesor había permanecido allí más de un año, porque gastaban la mitad del sueldo en quinina. Curó; se resignó. Hallábase mal, sin embargo, por otras causas. Del crédito del Asilo no le daban un céntimo; habíanle prometido indemnizarla de los gastos del viaje, y no llegaba nunca la indemnización: sólo á fines de año cumplieron la

oferta de darle alojamiento. Lleváronla á un monasterio medio derruido, donde le destinaron una celda con las puertas inservibles y que ella había de cerrar, apuntalándolas por dentro. Entre lo que le costaba una criadita descalza y las deudas pequeñas que debía saldar pronto, apenas le quedaba lo indispensable para mantenerse, comiendo solamente habas, garbanzos, lechugas y guisantes. El pueblo, además, era muy pobre; baste decir que la venta de una gallina se anunciaba por pregón, como una cosa extraordinaria. Sin embargo, allí hubiese permanecido. Pero las calenturas se recrudecieron de tal modo, que las mujeres del pueblo, exasperadas, comenzaron por lanzar insultos y aún otras cosas peores contra el retrato del rey, diciendo que él era quien enviaba aquella plaga sobre las gentes pobres. Ella misma recayó enferma y estuvo á las puertas de la muerte. Entonces no tuvo más remedio que decidirse á buscar otro empleo, y escribió al provisor; éste la atendió, destinándole á otro pueblecillo cercano al mar. Recibido su nombramiento, se dirigió al nuevo destino; anduvo en diligencia un trayecto interminable, y con gran contentamiento suyo, vió á su llegada que la esperaban multitud de niños y niñas, que la acompañaron hasta el Ayuntamiento entre aplausos y vítores. Por todos fué muy bien recibida, y en cuarenta y ocho horas fueron á inscribirse ciento veinte muchachas, desde cinco años hasta catorce; de éstas se vió precisada á despedir á las mayores y á las pequeñuelas, porque no cabían en la clase.

—Me encariñé con aquellas niñas—continuó diciendo,—y ellas se encariñaron conmigo muy pronto. Como comprendían que yo estaba algo triste por hallarme sola, muchas me acompañaban durante todo el día, y después de la lección bailaban en el terrado, tocando el tambor y cantando allí. ¡Ah! ¡Qué chicas tan buenas y tan cariñosas! No es decible de qué modo las impresionaban las censuras y los elogios, lo inteligentes que eran, la energía con que declamaban, lo mucho que adelantaban en todas las labores de aguja. Nunca, nunca he vuelto á encontrar otras iguales.

También los padres la querían mucho. En el día de

Pascua le llevaron dulces, huevos, vino, quesos, pastas, para obsequiarla; hasta las menores leían y todas se habían aficionado al estudio... Pero muy pronto comenzaron los sinsabores. Los otros maestros, todos curas del país, ignorantes y hambrientos que acudían como cuervos á todo lecho mortuario para arañar los cuatro céntimos del entierro, comenzaron á tener celos de ella. Como un día dijese el alcalde que las discípulas de aquella maestra eran las únicas, en todo el pueblo, que adelantaban, uno de aquellos curas amenazó con desafiarle. Murmuraban de ella: que era hija de una verdulera de Turín; que había llegado al pueblo sin camisa; que no podía dar una educación decente á las niñas; que del pueblo donde antes había estado la habían despedido por enredadora; que era mujer de historia; que en su pueblo había hecho un poco de todo...; pero ella se consolaba de esta guerra con el cariño de sus alumnas.

—Paseábamos por las colinas—siguió diciendo con viveza;—comprábamos cestos de lechugas y melones y los comíamos sentadas todas en corro sobre la hierba. Se saltaba después á la comba. El día del «Estaduto» me llevaron todas un poco de aceite, y se puso iluminación en la escuela. Los padres estaban contentos. Ibamos juntas á los santuarios. Eran fiestas deliciosas aquellas, que hacían poner en olvido todos los disgustos. ¡Qué días tan espléndidos! ¡Qué hermoso mar! ¡Cuán bellos recuerdos!

Al pronunciar estas palabras, los ojos de la maestra se llenaron de lágrimas y fué necesario que interrumpiese su relación. Después habían sobrevenido contratiempos más graves. Los padres estaban satisfechos, es verdad; pero no todos. Algunos de los pocos aristócratas que había en el pueblo, enviábanle regalos especiales para que otorgase ciertos privilegios á sus hijas; como, por ejemplo, ponerlas en un banco separado, ó hacerlas salir de la escuela antes que á las otras; la maestra se negaba, ellos se ofendían. Otros le rogaban que no tutease á sus niñas, sino que les hablase de «usted» y las llamase «señoras». La maestra respondía con una negativa, y adquiría otros enemigos. El alcalde, que era demócrata, se re-

gocijaba con aquellas negativas y elogiaba á la maestra, y esto exasperaba más y más á los ofendidos. Los aristócratas aborrecían al alcalde, á quien tildaban de garibaldino. Era el tal un buen hombre que llevaba al «Club de los caballeros» labores de recamado y flores, para que allí las vieses, y decía: «Vean ustedes qué cosas sabe hacer la maestra»; y así acrecentaba cada vez más los celos. Cierta día recibió la maestra una carta de un aprendiz de clérigo, de catorce años, el cual le proponía que huyese con él á América; los enemigos de la joven promovieron, con este motivo, gran rumor, acusándola de haber trastornado la cabeza al muchacho. Lo cual no impedía que esos mismos curas, mientras que la calumniaban, le pusiesen ojos de carnero degollado y la requebrasen constantemente; uno, en particular, un zanquilargo, todo nariz y pelo, no cesaba un momento de decirle que los sacerdotes privados de familia, y también privados de consuelo, eran muy desgraciados y habían menester de cariño. Este tal, cierta noche, en un teatrillo al que había ido la maestra con la familia de unos vecinos, se sentó detrás de ella y la tocó; ella le trató de insolente y villano; el cura, cruelmente ofendido, quiso vengarse, y pocos días después, en el mismo teatro, comenzó desde lejos á dirigirle señas que daban á entender claramente que había inteligencia entre ambos. Para obligarle á que se reportara, la maestra se quejó al alcalde, que lo dijo todo al arcipreste, el cual amenazó al reverendo con una suspensión «á divinis». El curita juró entonces á la maestra guerra á muerte. Entre tanto, otros del pueblo, muchachos de buenas familias, considerándola conquista fácil porque estaba sola, habían dado en importunarla con declaraciones que le dirigían en la calle, como á una guitarrista de plazuela; otros le enviaban cartas amorosas á la escuela por conducto de las criadas mientras daba sus lecciones; desdeñados se enfurecían y se aliaban con los curas. Por último, desgraciadamente para ella, el alcalde, su protector, fué derribado, y entonces principió su «vía crucis». Su enemigo el clérigo, luego que vió el campo por suyo, falsificó unas cartas amorosas y las presentó á la nueva autoridad diciendo que ha-

bían sido dirigidas á él por la maestra; el alcalde suplicó á la joven que presentase su dimisión; ella se defendió, no fué creída, y tuvo que dimitir; pero demandó al cura por calumnia. El caso era difícil. El juez, después de maduro examen, resolvió que se hiciese venir un perito calígrafo de la ciudad. Al saber esto, el presbítero, todo asustado, rogó á la maestra que retirase la demanda, negóse ella, y entonces irritado el cura hizo que unos rapazuelos la apedreasen, y la pobre joven fué herida de una pedrada en la cabeza.

Emilio lanzó un grito de indignación.

—¡Eh! Esto no vale nada aún—le dijo la prima.— Así las cosas, y no viendo otro camino de salvarme, escribí á mi padre á Turín que me enviase dinero para volver inmediatamente á casa. Mi padre respondió que no le parecía decoroso que abandonase yo el pueblo antes de terminar el año académico. ¿Qué podía yo hacer? Bajé la cabeza; accedí á retirar la demanda. Pero era necesario vivir. Establecí, pues, en el pueblo mismo, una escuela privada. Como las niñas me querían, se vinieron á mi clase unas ochenta, y la otra maestra, la que me había reemplazado, mujer de un funcionario recién llegado al pueblo, se quedó con siete ú ocho. De esto nació la rivalidad. Mis discípulas de ésta andaban á la greña con las mías. El Municipio, que protegía á la otra, me ordenó que cerrase mi escuela. Y ya me tienes otra vez en medio del arroyo. Me puse, por consiguiente, á trabajar; hice zapatillas para niñas, cestitas para bautizos, gorritas; los sastres me enviaban ropa de niños para coserla: ganaba lo indispensable para vivir. Pero no siempre. Algunos días no pude comer; me vi en la necesidad de vender mis ropas, y reducida á dormir sobre un mal jergón.

Y al llegar aquí exclamó la maestra en un arranque de alegría:

—¡Vaya! Hoy me parece que soy una gran señora. Después continuó:

—Mientras estaba ganando el triste bocado de aquel modo, escribía la maestra al provisor refiriéndole su

miseria. ¡Pero... sí! El provisor vivía muy lejos y no daba crédito á las quejas; recibía informes contradictorios y se contentaba con responder: «¡Veremos, ya se resolverá!...» Algunos del pueblo le aconsejaban que de cualquier modo se ausentase. ¿Pero cómo, si no tenía un céntimo? Fueron aquellos unos días señalados con otras tantas puñaladas en su corazón. Después tuvo un poco de fortuna á consecuencia de una desgracia. Había enfermado de difteria una de sus discípulas, hija de una familia del partido que la hostilizaba, y como manifestase deseos de ver á su maestra, los padres enviaron á buscarla; ella acudió en seguida; la asistió y permaneció á la cabecera de su cama hasta que la pobre niña dejó de existir. Esa conducta enterneció al alcalde nuevo, que, en recompensa, le permitió que volviese á abrir su escuela privada, bajo condición de que la titulase únicamente; «Escuela de labores femeninas», y que enseñase á leer y á escribir de «contrabando». Aquello fué una bendición. Puso manos á la obra con entusiasmo; hizo carteles con carbón, dibujos para la nomenclatura, una carta geográfica. Las alumnas volvieron. Parecía que las cosas se presentaban bien.—Cuando un día, siguió diciendo la maestra, se aparece de improviso un inspector—así se tituló él mismo—con unos bigotazos como cerdas, admira los carteles y los dibujos, dirige preguntas, elogia los progresos de las alumnas, me dirige un sin fin de plácemes. Yo siento que renace á nueva vida mi corazón tan atribulado. Manifiesta deseos de ver mis títulos; se los doy...: era un traidor enviado por mis enemigos; un bribón desvergonzado. Se desenmascaró de pronto; negándose á restituirme el título de grado superior si no le firmaba una declaración en virtud de la cual me comprometiera á salir del pueblo... Al recibir aquel golpe quedé anonadada; ya no tuve fuerzas para luchar: firmé. El hombre aquél, sin embargo, no me devolvió el título, y dijo que no me lo devolvería hasta el día mismo de mi marcha. Pero para marchar era necesario que ahorrase yo algunas pesetas. Volví, pues, á emprender de nuevo mis trabajos animosamente, di lecciones particulares, cosí ropas de niños, me tasé el pan, no

dormí sino cuatro horas en cada noche, no perdí un solo minuto durante el día. Entre tanto, ya habían dejado de perseguirme; el cura se había retractado, por escrito, de sus calumnias. Pero yo no podía permanecer en un pueblo donde había pasado horas tan amargas. Cuando recibí una carta en que se me llamaba al provisorato para recibir un destino nuevo, me pareció que caía sobre mí la bendición de Dios. Cuatro días después salí de aquel pueblo.

Como la diligencia resultaba demasiado cara, logró, por el precio de cinco pesetas, un sitio en una barca tripulada por ocho pescadores, que iban á la ciudad próxima con una carga de higos. Debían de ser poco de fiar; pero era ya demasiado tarde cuando la maestra comenzó á desconfiar de ellos. «Cuando estuvimos lejos de la orilla, continuó diciendo, noté que miraban mucho al saco de viaje que yo llevaba pendiente del cuello, creyendo tal vez que contuviera dinero, y principié á tener miedo y á temblar; á fin de evitar la violencia, abrí el saco de modo que ellos viesan perfectamente que contenía sólo mis títulos y un poco de pan y de cecina. Los marineros no dijeron una palabra. Hecho esto, me tranquilicé un poco; pero cádate que por la noche se desencadena una borrasca; una marejada infernal; los pescadores se consideraron perdidos; yo me arrojé en el fondo de la barca y encomendé mi alma á Dios, segura de morir; fueron aquellas cuatro horas de terror y de angustia desesperada. Por fortuna, la embarcación fué lanzada sobre un banco de arena, y allí esperaron hasta que amaneciese. Al rayar el alba, cambió el tiempo. Pero yo no tenía ya ánimo para continuar el viaje por mar, que me causaba espanto, hice que me dejaran en tierra, y sola, calada de pies á cabeza, agotadas del todo mis fuerzas. Después de atravesar un bosque sin encontrar alma viviente, fuí á buscar el correo, que me llevó á la ciudad próxima; la misma adonde debían haberme conducido los pescadores. Allí me juzgué en el término de mis tribulaciones; tomé el ferrocarril, llegué á ***, corrí á la oficina del provisor, fuí muy bien recibida, quizás demasiado... ¿Conque cuál es mi

nueva plaza? ¡Cielos divinos! Era una aldeilla muy próxima al pueblo de donde había venido.

Entonces ¿por qué la habían llamado? ¿Para qué la habían obligado á hacer aquel endiablado viaje? El por qué era fácil de adivinar. La fama de sus aventuras había excitado la curiosidad; habíanla hecho venir para verla; y tal vez le hubiesen dado un puesto más cercano si hubiesen hallado la persona real en relación con la imaginada, ó la docilidad en armonía con el deseo. No respondiendo la maestra lo bastante á la primera condición, y no respondiendo nada á la segunda, debía volverse. Se armó, pues, de santa paciencia y desanduvo lo andado. Para llegar á la aldeita, donde, muy pocos años antes, habían matado al alcalde á puñaladas, no había camino; la maestra se fué allá en la grupa de un mulo que á cada instante tropezaba, por un sendero horrible, flanqueado de precipicios. Estuvo mil veces en peligro de romperse el bautismo; llegó al pueblo con las manos ensangrentadas. Encontró una escuela con las ventanas sin vidrieras, con un desván de vigas, lleno de ratones y una colmena en una de las paredes, desde la cual las abejas volaban sobre las alumnas. Allí permaneció muchos meses. No le pagaron el sueldo convenido, no le daban más que cincuenta pesetas cada dos meses; pero se amoldó también á eso, hasta que su padre, tocado por la voz de Dios, se decidió por último á llamarla á casa. Pero antes de partir, quiso que le pagasen los sueldos atrasados, que ascendían á seiscientas pesetas. La caja estaba vacía; era necesario esperar un poco. Pagáronla al fin, pero no por completo; quinientas pesetas: todo en monedas de cobre; empleó hora y media para contarlas, y después necesitó cargar un borrico con su capital. Cuando llegó al puerto más inmediato, donde debía embarcarse para Génova, le rechazaron en la posada una parte de su dinero, y se convenció de que muchas monedas eran falsas. También se resignó; metió en la cesta las monedas buenas, y se embarcó. Así terminó aquello.

Dominado por la emoción, Emilio estrechó una mano á su prima, que se la dejó un instante, después de lanzar una ojeada fuera de la choza.

—Una vez en casa—concluyó,—sentí una necesidad grande de vivir algún tiempo en paz, apartada del mundo, y busqué una plaza en un país montañoso. Y aquí estoy.

El maestro siguió con la vista el gesto de su prima que señalaba el valle, asombrándose de ver en una sola línea los bosques de pinos y de abetos y la blanca cima de los Alpes, después de haber viajado con el pensamiento tan lejano de allí, por las orillas del mar, en un mundo luminoso y desconocido.

—Sin embargo—exclamó la prima con vehemencia juvenil,—volveré á esos pueblos. Allí he padecido mucho, pero también se han deslizado para mí días muy felices y he conocido á gentes muy buenas. Las niñas me adoraban; muchas me escriben todavía. Aquí, en medio de las nieves, vuelvo á pensar en aquellos sitios, y me parece que vislumbro una luz muy lejana. Se apodera de mí la nostalgia del sol. Además, aquellos dos años han hecho nacer en mí la manía de ver mundo, de cambiar de vida: ¿qué sé yo? una precisión e movimiento y de lucha. Buscaré una plaza en nuestras escuelas de Túnez, dijo sonriéndose al concluir, ó en Palestina. No quiero morir al frío.

Y agregó melancólicamente:

—También allí lograré que me quieran.

Acompañó á su primo en un largo trecho del camino, hasta un puentecillo sobre el torrente, que era el término ordinario de los paseos que daba la maestra. Emilio iba silencioso; aquella relación de viajes, de dolores y de sacrificios, había exaltado su fantasía y llevado á su espíritu también cierto deseo de pueblos lejanos y de cosas nuevas. La idea de que también en la vida del maestro pueden presentarse tantas aventuras extrañas, y peligros, y casos en los que se necesitaban valor y fortaleza, ennoblecía, en concepto de Ratti, su profesión, que se le presentaba entonces iluminada con una luz nueva de poesía, como la vida del explorador y del soldado. Alegrábase de ser joven, de sentirse lleno de fuerza y de esperanzas.

En el momento de separarse, movido por un vivo afecto, cogió á su prima las dos manos.

Esta se las dejó estrechar; pero las retiró muy pronto, mirando en rededor suyo, y le dijo:

—¡Cuidado! He dicho que somos primos, pero podrían no creerlo. Además, hay aquí un cabrero que me obsequia, y si le damos celos, estoy perdida. ¿Estamos, pues, de acuerdo en el programa de enseñanza? —agregó en voz alta, viendo que alguien pasaba.

—Completamente conformes—respondió el maestro, sonriendo.

Y la prima prosiguió en voz baja, con el acento del corazón, pero firme:

—Si la casualidad quiere que no volvamos á vernos, ¡salud y ánimo!

El maestro le devolvió cariñosamente el buen augurio, saludándola con la mano, y tomó el camino del valle; ella se volvió hacia su casita, que ya estaba sumergida en las sombras.

PIAZZENA

CARAS NUEVAS

A fines de Septiembre trasladóse Emilio á su nueva plaza en Piazzena, que era uno de tantos pueblos de la llanura, los cuales, una vez vistos, se confunden en la memoria con otros ciento, como los campos de trigo y de maíz que se extienden en rededor hasta donde alcanza la vista. Medio día era por filo cuando llegó; el día era de sol; la tranquilidad, completa: parecíale que penetraba en un pueblecillo abandonado. Por las callejuelas tortuosas, cubiertas de paja y de estiércol, flanqueadas por casas cuyas persianas estaban cerradas, y por largas tapias de cercas, no encontró casi un alma viviente. De las puertas abiertas de algunos patios rústicos salía un olor acre de heno y de ganado vacuno; en algunas plazoletas llenas de hierba pastaban puercos. Las iglesias estaban cerradas. Vió á un sacerdote que desaparecía detrás de una puertecilla, y una mujer que torcía una calleja. No se oía por ninguna parte sino el rumor de las fuentes y el murmullo de los arroyuelos; por todos lados el verdor de los arbolillos y del campo; sonaba el toque de medio día, y no acababa nunca.

El señor Pirotta, para presentarse al cual Ratti llevaba una carta de su protector, lo recibió como á un amigo. Era hombre de unos cincuenta años, que parecía viejo porque no gozaba de muy buena salud; pero de aspecto agradable y de maneras corteses, en